

dremos aquí un espadachín temible. Luego tira usted con mucha rabia...

En efecto, yo tiraba con rabia, con verdadero afán de acribillarle.

V

Por la noche fuimos á casa de Doña Flora; pero Lord Gray á poco de llegar despidióse, diciendo que volvería. La sala estaba bien iluminada, pero aún no muy llena de gente, por ser temprano. En un gabinete inmediato aguardaban las mesas de juego el dinero de los apasionados tertuliantes, y más adentro tres ó cuatro desaforadas bandejas llenas de dulces nos prometían agradable refrigerio para cuando todo acabase. Había pocas damas, por ser costumbre en los saraos de Doña Flora que descollasen los hombres, no acompañados por lo general más que de una media docena de bellidades venerables del siglo anterior, que cual castillos gloriosos, pero ya inútiles, no pretendían ser conquistables ni conquistadas. Amaranta representaba sola la juventud unida á la hermosura.

Saludaba yo á la Condesa, cuando se me acercó Doña Flora, y pellizcándome bonitamente con todo disimulo el brazo por punto cercano al codo, me dijo:

—Se está usted portando, caballero. ¡Casi

un mes sin parecer por aquí! Ya sé que se divirtió usted en el Puente de Suazo con las buenas piezas que llevó allí el Sr. Poenco hace ocho días... ¡Bonita conducta! Yo empeñada en apartarle á usted del camino de la perdición, y usted cada vez más inclinado á seguir por él... Ya se sabe que la juventud ha de tener sus trapicheos; pero los muchachos decentes y bien nacidos desfogan sus pasiones con compostura, antes buscando el trato honesto de personas graves y juiciosas que el de la gentezuela maja y tabernaria.

La Condesa afectó estar conforme con la reprimenda, y la repitió, dándola más fuerza con sus irónicos donaires. Después, ablandándose Doña Flora y llevándome adentro, me dió á probar de unos dulces finísimos que no se repartían sino entre los amigos de confianza. Cuando volvimos á la sala, Amaranta me dijo:

—Desde que Doña María y la Marquesa decidieron que no viniera Inés, parece que falta algo en esta tertulia.

—Aquí no hacen falta niñas, y menos la Condesa de Rumblar, que con sus remilgos impedía toda diversión. Nadie se había de acercar á la niña, ni hablar con la niña, ni bailar con la niña, ni dar un dulce á la niña. Dejémonos de niñas: hombres, hombres quiero en mi tertulia; literatos que lean versos; currutacos que sepan de corrido las modas de París; diaristas que nos cuenten todo lo escrito en tres meses por las *Gacetas* de Amberes, Londres, Augsburgo y Rotterdam; generales que nos hablen de las batallas que se van á

ganar; gente alegre que hable mal de la Regencia y critique la cosa pública, ensayando discursos para cuando se abran esas saladisimas Cortes que van á venir.

—Yo no creo que haya tales Cortes—dijo Amaranta,—porque las Cortes no son más que una cosa de figurón que hace el Rey para cumplir un antiguo uso. Como ahora estamos sin Rey...

—Nada: vengan esas Cortes. Cortes nos han prometido, y Cortes nos han de dar. Pues poco bonito será este espectáculo. Como que es un conjunto de predicadores, y no baja de ocho ó diez sermones los que se oyen por día, todos sobre la cosa pública, amiga mía, y criticando, criticando, que es lo que á mí me gusta.

—Habrá Cortes—dije yo,—porque en la Isla están pintando y arreglando el teatro para salón de sesiones.

—¿Pero es un teatro? Yo pensé que en una iglesia,—dijo Doña Flora.

—El estamento de próceres y clérigos se reunirá en una iglesia—indicó Amaranta,—y el de procuradores en un teatro.

—No, no hay más que un estamento, señoras. Al principio se pensó en tres; pero ahora se ha visto que uno solo es más sencillo.

—Será el de la nobleza.

—No, hija: serán todos clérigos. Esto parece lo más propio.

—No hay más estamento que el de procuradores, en que entrarán todas las clases de la sociedad.

—¿Y dices que están pintando el teatro? Estará precioso.

—Sí, señora. Le han puesto unas cenefas amarillas y encarnadas que hacen una vista así como de escenario de titiriteros en feria... En fin, monísimo.

—Para esta festividad quiere sin duda el Sr. D. Pedro los cincuenta uniformes amarillos y encarnados que le estamos haciendo, todos galonados de plata y cortados en forma que llaman de española antigua.

—Me temo mucho—dijo Amaranta riendo,—que D. Pedro y otros tan extravagantes y locos como él, pongan en ridículo á las Cortes y procuradores, pues hay personas que convierten en mojiganga todo aquello en que ponen la mano.

—Ya principia á venir gente. Aquí está Quintana. También vienen Beña y D. Pablo de Xérica.

Quintana saludó á mis dos amigas. Yo le habia visto y oído hablar en Madrid en las tertulias de las librerías; pero sin tener hasta entonces el placer de tratar á poeta tan insigne. Su fama entonces era grande, y entre los patriotas exaltados gozaba de gran popularidad, conquistada por sus artículos políticos y proclamas patrióticas. Era de fisonomía dura y basta, moreno, con vivos ojos y gruesos labios, signo claro esto, así como su frente lobulosa, de la viril energía de su espíritu. Reía poco, y en sus ademanes y tono, lo mismo que en sus escritos, dominaba la severidad. Tal vez esta severidad, más que propia, fuera atri-

buída y supuesta por los que conocían sus obras, pues en aquella época ya habían salido á luz las principales odas, las tragedias y algunas de las *Vidas*. Píndaro, Tirteo y Plutarco á la vez, estaba orgulloso de su papel, y este orgullo se le conocía en el trato.

Quintana era entusiasta de la causa española y liberal ardiente con vislumbres de filósofo francés ó ginebrino. Más beneficios recibió de su valiente pluma la causa liberal que de la espada de otros; y si la defensa de ciertas ideas, que él enaltecía con todas las galas del estilo y todos los recursos de un talento superior y valiente cual ninguno; si la defensa de ciertas ideas, repito, no hubiera corrido después por cuenta de otras manos y de gárrulas plumas, diferente sería hoy la suerte de España.

Más simpático en el trato que Quintana, por carecer de aquella grandilocua y solemne severidad, era D. Francisco Martínez de la Rosa, recién llegado entonces de Londres, y que no era célebre todavía más que por su comedia *Lo que puede un empleo*, obra muy elogiada en aquellos tiempos inocentes. Las gracias, la finura, la encantadora cortesía, la amabilidad, el talento social sin afectación, amaneramiento ni empalago, nadie lo tenía entonces, ni lo tuvo después, como Martínez de la Rosa. Pero hablo aquí de una persona á quien todos han conocido, y á quien vida tan larga no imprimió gran mudanza en genio y figura. Lo mismo que le vieron ustedes hacia 1857, salvo el detrimento de los años,

era Martínez de la Rosa cuando joven. Si en sus ideas había alguna diferencia, no así en su carácter, que fué en la forma festivamente afable hasta la vejez, y en el fondo grave, entero y formal desde la juventud.

No sé por qué me he ocupado aquí de este eminente hombre, pues la verdad es que no concurrió aquella noche á la tertulia de Doña Flora, que estoy con mucho gusto describiendo. Fueron, sí, como he dicho, Xérica y Beña, poetas menores de que me acuerdo poco, sin duda porque su fama problemática y la mediocridad de su mérito hicieron que no fijase mucho en ellos la atención. De quien me acuerdo es de Arriaza, y no porque me fuera muy simpático, pues la índole adamada y aduladora de sus versos serios y la mordacidad de sus sátiras me hacían poca gracia, sino porque siempre le ví en todas partes, en tertulias, cafés, librerías y reuniones de diversas clases. Este llegó más tarde á la tertulia.

Después de los que he mencionado, vimos aparecer á un hombre como de unos cincuenta años, flaco, alto, desgarbado y tieso. Tenía, como D. Quijote, los bigotes negros, largos y caídos; los brazos y piernas como palitroques, el cuerpo enjutísimo, el color moreno, el pelo entrecano, aguileña la nariz, los ojos ya dulces, ya fieros, según á quien miraba, y los ademanes un tanto embarazados y torpes. Pero lo más singular de aquel singularísimo hombre era su vestido, á la manera de los de Carnaval, consistente en pantalones á la turquesca, atacados á la rodilla; jubón

amarillo, y capa corta encarnada ó herreruelo; calzas negras; sombrero de plumas, como el de los alguaciles de la plaza de toros, y en el einto un tremendo chafarote, que iba golpeando en el suelo, y hacía con el ruido de las pisadas un compás triple, cual si el personaje anduviese con tres pies.

Parecerá á algunos que es invención mía esto del figurón que pongo á los ojos de mis lectores; pero abran la Historia, y hallarán más al vivo que yo lo hago pintadas las hazañas de un personaje, á quien llamo D. Pedro, para no ridiculizar, como él lo hizo, un título ilustre, que después han llevado personas muy cuerdas. Sí: vestido estaba como le he pintado, y no fué él solo quien dió por aquel tiempo en la manía de vestir y calzar á la antigua; que otro Marqués, jerezano por cierto, y el célebre Jiménez Guazo y un escocés llamado Lord Downie, hicieron lo mismo; pero yo, por no aburrir á mis lectores presentándoles uno tras otro á estos tipos tan característicos como extraños, he hecho con las personas lo que hacen los partidos, es decir, una fusión, y me he permitido recoger las extravagancias de los tres y engalanar con tales atributos á uno solo de ellos, al más gracioso sin disputa, al más célebre de todos.

Al punto que entró D. Pedro, oyéronse estrépitosas risas en la sala; pero Doña Flora salió al punto á la defensa de su amigo, diciendo:

—No hay que criticarle, pues hace muy bien en vestirse á la antigua; y si todos los

españoles, como él dice, hicieran lo mismo, con la costumbre de vestir á la antigua, vendría el pensar á la antigua, y con el pensar el obrar, que es lo que hace falta.

D. Pedro hizo profundas reverencias y se sentó junto á las damas, antes satisfecho que corrido por el recibimiento que le habían hecho.

—No me importan burlas de gente afrancesada—dijo mirando de soslayo á los que le contemplábamos,—ni de filosofillos irreligiosos, ni de ateos, ni de francmasones, ni de *democratistas*, enemigos encubiertos de la Religión y del Rey. Cada uno se viste como gusta; y si yo prefiero este traje á los franceses que venimos usando hace tiempo, y cifo esta espada que fué la que llevó Francisco Pizarro al Perú, es porque quiero ser español por los cuatro costados y ataviar mi persona según la usanza española en todo el mundo, antes de que vinieran los franchutes con sus corbatas, chupetines, pelucas, polvos, casacas de cola de abadejo y demás porquerías que quitan al hombre su natural fiereza. Ya pueden los que me escuchan reirse del traje cuanto quieran, si bien no lo harán de la persona, porque saben que no lo tolero.

—Está muy bien—dijo Amaranta.—Está muy bien ese traje, y sólo las personas de mal gusto pueden criticarlo. Señores, ¿cómo quieren ustedes ser buenos españoles sin vestir á la antigua?

—Pero, señor Marqués (D. Pedro era Marqués, aunque me calló su título),—dijo Quintana con benevolencia,—¿por qué un hombre

formal y honrado como usted se ha de vestir de esta manera, para divertir á los chicos de la calle? ¿Ha de tener el patriotismo por funda un jubón, y no ha de poder guarecerse en una chupa?

—Las modas francesas han corrompido las costumbres—repuso D. Pedro atusándose los bigotes,—y con las modas, es decir, con las pelucas y los coloretos, han venido la falsedad del trato, la deshonestidad, la irreligión, el descaro de la juventud, la falta de respeto á los mayores, el mucho jurar y votar, el descoco é impudor, el atrevimiento, el robo, la mentira, y con estos males los no menos graves de la filosofía, el ateísmo, el democratismo, y eso de la soberanía de la nación que ahora han sacado para colmo de la fiesta.

—Pues bien—repuso Quintana:—si todos esos males han venido con las pelucas y los polvos, ¿usted cree que los va á echar de aquí vistiéndose de amarillo? Los males se quedarán en casa, y el señor Marqués hará reír á las gentes.

—Sr. D. Manolo, si todos fueran como usted, que se empeña en combatir á los franceses imitándolos en usos y costumbres, lucidos estábamos.

—Si las costumbres se han modificado, ellas sabrán por qué lo han hecho. Se lucha y se puede luchar contra un ejército, por grande que sea; pero contra las costumbres, hijas del tiempo, no es posible alzar las manos, y me dejo cortar las dos que tengo si hay cuatro personas que le imiten á usted.

—¿Cuatro?—dijo con orgullo D. Pedro.—Cuatrocientas están ya afiliadas en la *Cruzada del Obispado de Cádiz*, y aunque todavía no hay uniformes para todos, ya cuento con cincuenta ó sesenta, gracias al celo de respetables damas, alguna de las cuales me oye. Y no nos vestimos así, señores míos, para andar charlando en los cafés y metiendo bulla por las calles, ni imprimiendo papeles que aumenten la desvergüenza é irrespetuosidad del pueblo hacia lo más sagrado, ni para convocar Cortes ni cortijos, ni para echar sermones á lo domine Lucas, sino para salir por esos campos hendiendo cabezas de filósofos y acuchillando enemigos de la Iglesia y del Rey. Ríanse del traje en buen hora, que en cuanto sean despachados los mosquitos que zumban más allá del caño de Sancti-Petri, volveremos acá y haremos que los redactores del *Semanario patriótico* se vistan de papel impreso, que es la moda francesa que más les cuadra.

Dicho esto, D. Pedro celebró mucho con risas su propio chiste, y luego tomó Beña la palabra para sostener la conveniencia de vestir á la antigua. ¿Verdad que era graciosa la manía? Para que no se dude de mi veracidad, quiero trasladar aquí un párrafo del *Conciso*, que conservo en la memoria.

«Otro de los medios indirectos, decía, pero muy poderoso, para renovar el entusiasmo, sería volver á usar el antiguo traje español. No es decible lo que esto podría influir en la felicidad de la nación. ¡Oh, padres de la patria, diputados del augusto Congreso! A vos-

»otros dirijo mi humilde voz; vosotros podéis renovar los días de nuestra antigua prosperidad: vestíos con el traje de vuestros padres, y la nación entera seguirá vuestro ejemplo.»

Esto lo escribía poco después aquel mismo Sr. Beña, poeta de circunstancias, á quien yo ví en casa de Doña Flora. ¡Y recomendaba á los padres de la patria que imitasen en su atavío al gran D. Pedro, pasmo de los chicos y alboroto de paseantes! ¡Qué bonitos habrían estado Argüelles, Muñoz Torrero, García Herreros, Ruiz Padrón, Inganzo, Mejía, Gallego, Quintana, Toreno y demás insignes varones, vestidos de arlequines!

Y aquel Beña era liberal y pasaba por cuerdo; verdad es que los liberales como los absolutistas, han tenido aquí desde el principio de su aparición en el mundo ocurrencias graciosísimas.

Quintana preguntó á D. Pedro si la *Cruzada del Obispado de Cádiz* pensaba presentarse á las futuras Cortes en aquel talante el día de la apertura.

—Yo no quiero nada con Cortes—repuso.—¿Pero usted es de los bolos que creen habrá tal novedad? La Regencia está decidida á echar la tropa á la calle para hacer polvo á los vocingleros que ahora no pueden pasarse sin Cortes. ¡Angelitos! Déseles la novedad de este juguete para que se diviertan.

—La Regencia—repuso el poeta,—hará lo que la manden. Callará y aguantará. Aunque carezco de la perspicacia que distingue al

Sr. D. Pedro, me parece que la nación es algo más que el señor Obispo de Orense.

—Verdaderamente, Sr. D. Manuel—dijo Amaranta,—eso de la soberanía de la nación que han inventado ahora... anoche estaban explicándolo en casa de la Morlá, y por cierto que nadie lo entendía; eso de la soberanía de la nación, si se llega á establecer, va á traernos aquí otra revolución como la francesa, con su guillotina y sus atrocidades. ¿No lo cree usted?

—No, señora; no creo ni puedo creer tal cosa.

—Que pongan lo que quieran, con tal que sea nuevo—dijo Doña Flora.—¿No es verdad, señor de Xérica?

—Justo, y afuera religión, afuera rey, afuera todo,—vociferó D. Pedro.

—Denme trescientos años de soberanía de la nación—dijo Quintana,—y veremos si se cometen tantos excesos, arbitrariedades y desafueros como en trescientos años que no la ha habido. ¿Habrá revolución que contenga tantas iniquidades é injusticias como el solo período de la privanza de D. Manuel Godoy?

—Nada, nada, señores—manifestó D. Pedro con ironía.—Si ahora vamos á estar muy bien; si vamos á ver aquí el siglo de oro; si no va á haber injusticias, ni crímenes, ni borracheras, ni miserias, ni cosa mala alguna, pues para que nada nos falte, en vez de Padres de la Iglesia tenemos periodistas; en vez de santos, filósofos; en vez de teólogos, ateos.

—Justamente: el Sr. de Congosto tiene ra-

zón—replicó Quintana.—La maldad no ha existido en el mundo hasta que no la hemos traído nosotros con nuestros endiablados libros... Pero todo se va á remediar con vestidos de mojiganga.

—Pero, en último resultado—preguntó la Condesa,—¿hay Cortes ó no?

—Sí, señora: las habrá.

—Los españoles no sirven para eso.

—Eso no lo hemos probado.

—¡Ay, qué ilusiones alienta usted, señor D. Manuel! Verá usted qué escenas tan graciosas habrá en las sesiones... y digo graciosas, por no decir terribles y escandalosas.

—El terror y el escándalo no nos son desconocidos, señora, ni los traerán por primera vez las Cortes á esta tierra de la paz y de la religiosidad. La conspiración del Escorial, los tumultos de Aranjuez, las vergonzosas escenas de Bayona, la abdicación de los reyes padres, las torpezas de Godoy, las repugnantes immoralidades de la última corte, los tratos con Bonaparte, los convenios indignos que han permitido la invasión: todo esto, señora amiga mía, que es el colmo del horror y del escándalo, ¿lo han traído por ventura las Cortes?

—Pero el Rey gobierna, y las Cortes, según el uso antiguo, votan y callan.

—Nosotros hemos caído en la cuenta de que el Rey existe para la nación y no la nación para el Rey.

—Eso es—dijo D. Pedro:— el Rey para la nación, y la nación para los filósofos.

—Si las Cortes no salen adelante—añadió

Quintana,—lo deberán á la perfidia y mala fe de sus enemigos y á las necesidades de sus amigos; pues estas majaderías de vestir á la antigua y convertir en sainete las más respetables cosas, es vicio muy común en los españoles de uno y otro partido. Ya hay quien dice que los diputados deben vestirse como los alguaciles en día de pregón de Bula, y no falta quien sostiene que todo cuanto se hable, proponga y discuta en la Asamblea, debe decirse en verso.

—Pues en verdad sería precioso,—afirmó Doña Flora.

—En efecto—dijo Amaranta;—y como se reunen en un teatro, la ilusión resultará perfecta. Prometo asistir á la inauguración.

—Yo no faltaré, Sr. de Quintana. Usted me proporcionará un palco ó un par de lunetas. ¿Y se paga, se paga?

—No, amiga mía—dijo Amaranta burlándose.—La nación enseña y pone al público gratis sus locuras.

—Usted—le dijo Quintana sonriendo,— será de nuestro partido.

—¡Ay, no, amigo mío!—repuso la dama.— Prefiero afiliarme á la *Cruzada del Obispado*. Me espantan los revolucionarios desde que he leído lo que pasó en Francia. ¡Ay, Sr. Quintana! ¡Qué lástima que usted se haya hecho filósofo y político! ¿Por qué no hace siempre versos?

—No están los tiempos para versos. Sin embargo, ya usted ve cómo los hacen mis amigos. Arriaza, Beña, Xérica, Sánchez Barbero no dejan descansar á las prensas de Cádiz.

Beña y Xérica se habían apartado del grupo.

—¡Ay, amigo mío! que no oiga yo aquello de

¡Oh! *Velintón*, nombre amable;
grande alumno del dios Marte.

Es horrible la poesía de estos tiempos, porque los cisnes callan, entristecidos por el luto de la patria, y de su silencio se aprovechan los grajos para chillar. ¿Y dónde me deja usted aquello de

Resuene el tambor;
veloces marchemos...?

—Arriaza—indicó Quintana,—ha hecho últimamente una sátira preciosa. Esta noche la leerá aquí.

—Nombren al rufo... —dijo Amaranta, viendo aparecer en el salón al poeta de los chistes.

—Arriaza, Arriaza—exclamaron diferentes voces salidas de distintos lados de la estancia.

—A ver, léanos usted la oda *A Pepillo*.

—Atención, señores.

—Es de lo más gracioso que se ha escrito en lengua castellana.

—Si el gran Botella la leñera, de puro avergonzado se volvería á Francia.

Arriaza, hombre de cierta fatuidad, se galleaba con la ovación hecha á los productos de su numen. Como su fuerte eran los versos de circunstancias y su popularidad por esta clase de trabajos extraordinaria, no se hizo de rogar, y sacando un largo papel, y poniéndose en medio de la sala, leyó con mu-

chísima gracia aquellos versos célebres que ustedes conocerán y cuyo principio es de este modo:

«Al ínclito Sr. Pepe, Rey (en deseo) de las Españas y (en visión) de sus Indias.

Salud, gran Rey de la rebelde gente:
salud, salud, Pepillo, diligente
protector del cultivo de las uvas
y catador experto de las cubas.»

.....

A cada instante era el poeta interrumpido por los aplausos, las felicitaciones, las alabanzas, y viérais allí cómo por arte mágico habíanse confundido todas las opiniones en el unánime sentimiento de desprecio y burla hacia nuestro Rey pegadizo. Por instantes, hasta el gran D. Pedro y D. Manuel José Quintana parecieron conformes.

La composición de Pepillo corrió manuscrita por todo Cádiz. Después la refundió su autor, y fué publicada en 1812.

Dividióse después la tertulia. Los políticos se agruparon á un lado, y el atractivo de las mesas de juego llevó á la sala contigua á una buena porción de los concurrentes. Amaranta y la Condesa permanecieron allí, y D. Pedro, como hombre galante, no las dejaba de la mano.

VI

—Gabriel—me dijo Amaranta,—es preciso que te decidas á trocar tu uniforme á la francesa por este español que lleva nuestro amigo. Además, la orden de la *Cruzada* tiene la ventaja de que cada cual se encaja encima el grado que más le acomoda, como, por ejemplo, D. Pedro, que se ha puesto la faja de capitán general.

En efecto, D. Pedro no se había andado con chiquitas para subirse por sus propios pasos al último escalón de la milicia.

—Es el caso—dijo sin modestia el héroe,—que necesita uno condecorarse á sí propio, puesto que nadie se toma el trabajo de hacerlo. En cuanto á la entrada de este caballerito en la Orden, venga en buen hora; pero sepa que los nuestros hacen vida ascética, durmiendo en una tarima y teniendo por almohada una buena piedra. De este modo se fortalece el hombre para las fatigas de la guerra.

—Me parece muy bien—afirmó Amaranta;—y si á esto añaden una comida sobria, como, por ejemplo, dos raciones de obleas al día, serán los mejores soldados de la tierra. Animo, pues, Gabriel, y hazte caballero del Obispado de Cádiz.

—De buena gana lo haría, señores, si me

encontrara con fuerzas para cumplir las leyes de un instituto tan riguroso. Para esa *Cruzada* del Obispado se necesitan hombres virtuosísimos y llenos de fe.

—Ha hablado perfectamente,—repuso con solemne acento D. Pedro.

—Disculpas, hijo—añadió Amaranta con malicia.—La verdadera causa de la resistencia de este mozuelo á ingresar en la Orden gloriosa, es no sólo la holgazanería, sino también que las distracciones de un amor tan violento como bien correspondido, le tienen embebecido y trastornado. No se permiten enamorados en la Orden, ¿verdad, Sr. D. Pedro?

—Según y conforme—respondió el grave personaje tomándose la barba con dos dedos y mirando al techo.—Según y conforme. Si los catacúmenos están dominados por un amor respetuoso y circunspecto hacia persona de peso y formalidad, lejos de ser rechazados, con más gusto son admitidos.

—Pues el amor de éste no tiene nada de respetuoso—dijo Amaranta, mirando con picaresca atención á Doña Flora.—Mi amiga, que me está oyendo, es testigo de la impetuosidad y desconsideración de este violento joven.

D. Pedro fijó sus ojos en Doña Flora.

—Por Dios, querida Condesa—dijo ésta.—Usted con sus imprudencias es la que ha echado á perder á este muchacho, enseñándole cosas que aún no está en edad de saber. Por mi parte, la conciencia no me acusa palabra ni acción que haya dado motivo á que un joven apasionado se extralimitase. La juventud, se-

ñor D. Pedro, tiene arrebatos; pero son disculpables, porque la juventud...

—En una palabra, amiga mía—dijo Amaranta dirigiéndose á Doña Flora.—Ante una persona tan de confianza como el Sr. D. Pedro, puede usted dejar á un lado el disimulo, confesando que las ternuras y patéticas declaraciones de este joven no le causan desagrado.

—Jesús, amiga mía—exclamó mudando de color la dueña de la casa,—¿qué está usted diciendo?

—La verdad. ¿A qué andar con tapujos? ¿No es verdad, Sr. de Congosto, que hago bien en poner las cosas en su verdadero lugar? Si nuestra amiga siente una amorosa inclinación hacia alguien, ¿por qué ocultarlo? ¿Es acaso algún delito? ¿Es acaso un crimen que dos personas se amen? Yo tengo derecho á permitirme estas libertades, por la amistad que les tengo á los dos, y porque há tiempo que les vengo aconsejando se decidan á dejar á un lado misterios, secreticos y trampantojos que á nada conducen, si, señor, y que por lo general suelen redundar en desdoro de la persona. En cuanto á mi amiga, hartó la he exhortado, condenando su insistente celibato, y se me figura que al fin mis prédicas no serán inútiles. No lo niegue usted. Su voluntad está vacilante y en el punto de si caigo ó no caigo; de modo que si una persona tan respetable como el Sr. D. Pedro uniera sus amonestaciones á las mías...

D. Pedro estaba verde, amarillo, jaspeado.

Yo, sin decir nada, procuraba, al mismo tiempo que contenía la risa, corroborar con mis actitudes y miradas lo que la Condesa decía. Doña Flora, confundida entre la turbación y la ira, miraba á Amaranta y al esperpento; y como viera á éste con el color mudado y los ojos chispeantes de enojo, turbóse más y dijo:

—¡Qué bromas tiene la Condesa, Sr. Don Pedro! ¿Quiere usted tomar un dulcecito?

—Señora—repuso con iracunda voz el estafermo,—los hombres como yo se endulzan con acíbar la lengua y el corazón con desengaños.

Doña Flora quiso reír, pero no pudo.

—Con desengaños, sí, señora—añadió Don Pedro,—y con agravios recibidos de quien menos debían esperarse. Cada uno es dueño de dirigir sus impulsos amorosos al punto que más le conviene. En edad temprana los dirigí yo á una ingrata persona, que al fin... mas no quiero afean su conducta ni pregonar su deslealtad, y guardaréme para mí solo las penas como me guardé las alegrías. Y no se diga, para disculpar esta ingratitud, que yo falté una sola vez en veinticinco años al respeto, á la circunspección, á la severidad que la cultura y recato de entrambos me imponía, pues ni palabra incitativa pronunciaron mis labios, ni gesto indecoroso hicieron mis manos, ni idea impúdica turbó la pureza de mi pensamiento, ni nombré la palabra matrimonio, á la cual se asocian imágenes contrarias al pudor, ni miré de mal modo, ni fijé los ojos en partes que la moda francesa tenía mal cubier-

tas, ni hice nada, en suma, que pudiera ofender, rebajar ó menoscabar el santo objeto de mi culto. Pero ¡ay! en estos tiempos corrompidos no hay flor que no se aje, ni pureza que no se manche, ni resplandor que no se oscurezca con alguna nubecilla. Está dicho todo, y con esto, señoras, pido á ustedes licencia para retirarme.

Levantábase para partir, cuando Doña Flora le detuvo diciendo:

—¿Qué es eso, Sr. D. Pedro? ¿Qué arrebato le ha dado? ¿Hace usted caso de las bromas de Amaranta? Es una calumnia, sí, señor, una calumnia.

—¿Pero qué es esto?—dijo Amaranta fingiendo la mayor estupefacción.—¿Mis palabras han podido causar el disgusto del señor D. Pedro? ¡Jesús, ahora caigo en que he cometido una gran imprudencia! Dios mío, ¡qué daño he causado! Sr. D. Pedro, yo no sabía nada, yo ignoraba... Desunir por una palabra indiscreta dos voluntades... Este mozallete tiene la culpa. Ahora recuerdo que mi amiga le está recomendando siempre que le imite á usted en las formas respetuosas para manifestar su amor.

—Y le reprendo sus atrevimientos...—dijo Doña Flora.

—Y le tira de las orejas cuando se extralimita de palabra ú obra, y le pellizca en el brazo cuando salen juntos á paseo.

—Señoras, perdonenme ustedes—dijo Don Pedro;—pero me retiro.

—¿Tan pronto?

—Amaranta con sus majaderías le ha amoscado á usted.

—Tengo que ir á casa de la señora Condesa de Rumblar.

—Eso es un desaire, Sr. D. Pedro. ¡Dejar mi casa por la de otra!

—La Condesa es una persona respetabilísima que tiene alta idea del decoro.

—Pero no hace vestidos para los *Cruzados*.

—La de Rumblar tiene el buen gusto de no admitir en su casa á los politiquillos y diaristas que infestan á Cádiz.

—Ya.

—Allí no se juega tampoco. Allí no van Quintana el fatuo, ni Martínez de la Rosa el pedante, ni Gallego el clerizonte ateo, ni Gallardo el demonio filosófico, ni Arriaza el relamido, ni Capmany el loco, ni Argüelles el jacobino, sino multitud de personas deferentes con la Religión y con el Rey.

Y dicho esto, el estafermo hizo una reverencia que medio le descoyuntó, marchándose con paso reposado y ademán orgulloso.

—Amiga mía—dijo Doña Flora,—¡qué imprudente es usted! ¿No es verdad, Gabriel, que ha sido muy imprudente?

—¡Ya lo creo: contarle todo en sus propias barbas!

—Yo temblaba por tí, niño, temiendo que te ensartara con el chafarote.

—La Condesa nos ha comprometido,—afirmé con afectado enojo.

—Es un diablillo.

—Amiga mía—dijo Amaranta,—lo hice

con la mayor inocencia. Después de lo que he descubierto, me pongo de parte del desairado D. Pedro. La verdad, señora Doña Flora: es una gran picardía lo que ha hecho usted. Trocarle, después de veinticinco años, por este mozuelo sin respetabilidad...

—Calle usted, calle usted, picarueta—repuso la dueña.—Por mi parte, ni á uno ni á otro. Si usted no hubiera incitado á este joven con sus provocaciones...

—De aquí en adelante—dije yo,—seré respetuoso, comedido y circunspecto, como Don Pedro.

Doña Flora me ofreció un dulce; pero vióse obligada á poner punto en la cuestión, porque otras damas, que como ella pertenecían á la clase de plazas desmanteladas y con artillería antigua, intervinieron inoportunamente en nuestro diálogo.

He referido la anterior burlesca escena, que parece insignificante y sólo digna de momentánea atención, porque con ser pura broma, influyó mucho en acontecimientos que luego contaré, proporcionándome sinsabores y contrariedades. De este modo los más frívolos sucesos, que no parecen tener fuerza bastante para alterar con su débil paso la serenidad de la vida, la conmueven hondamente de súbito y cuando menos se espera.

VII

Poco después entró en la sala el memorable D. Diego, Conde de Rumbler y de Peña Horadada, y con gran sorpresa mía, ni saludó á la Condesa, ni ésta tuvo á bien dirigirle mirada alguna. Reconociéndome al punto, llegóse á mí, y con la mayor afabilidad me saludó y felicitó por mi rápido adelantamiento en la carrera de las armas, de que ya tenía noticias. No nos habíamos visto desde mi aventura famosa en el Palacio del Pardo. Yo le encontré bastante desfigurado, sin duda por recientes enfermedades y molestias.

—Aquí serás mi amigo, lo mismo que en Madrid—me dijo entrando juntos en la sala de juego.—Si estás en la Isla, te visitaré. Quiero que vengas á las tertulias de mi casa. Dime: cuando vienes á Cádiz, ¿paras en casa de la Condesa?

—Suelo venir aquí.

—¿Sabes que mi parienta aprecia la lealtad de los que fueron sus pajes?... Ya sabrás que de ésta me caso.

—La Condesa me lo ha dicho.

—La Condesa ya no priva. Hay divorcio absoluto entre ella y los demás de la familia... ¡Oh! ahora me acuerdo de cuando te encontramos en el Pardo... Le preguntaron á Ama-